

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 8

Prolongar la consagración en nuestra vida

¿Cómo prolongamos la consagración a lo largo de nuestra vida? Veamos dos caminos.

Vivir siempre en la fuerza del Espíritu Santo. La Iglesia, antes de consagrar, invoca al Espíritu Santo. Es la epiclesis, palabra griega que significa invocación. En la Plegaria Eucaristía hay dos invocaciones al Espíritu Santo. La primera es para que descienda el Espíritu Santo sobre el pan y el vino y los convierta en Cristo, en la Ofrenda. El Canon 4, por ejemplo, dice: “Que este mismo Espíritu santifique, Señor, estas ofrendas, para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor”. Y hay después de la consagración una segunda epiclesis: se le invoca para que nos dé a nosotros la gracia de unirnos a la Ofrenda, y hacernos prolongación de ella. El 4º Canon dice: “que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos, en Cristo, víctima viva para tu alabanza”.

La primera invocación nos recuerda la Anunciación, primera epiclesis de la historia de salvación, cuando Cristo se encarna en María mediante la fuerza del Espíritu Santo. Y la segunda se relaciona con el Cenáculo, cuando en Pentecostés la Iglesia naciente se abre al Espíritu y empieza a prolongar el Cuerpo místico de Cristo.

El milagro de la Eucaristía es posible sólo en la fuerza creadora del Espíritu de Dios. Por lo tanto, el prolongar la Eucaristía hecha vida en el altar de nuestro corazón igualmente es posible sólo en la fuerza de ese mismo Espíritu Santo. Esto significa que tenemos que vivir unidos a María. Porque el Espíritu Santo que tiene una afinidad especial con Ella, siempre desciende sobre Ella, donde Ella está.

Por eso estamos llamados a vivir en la fuerza del Espíritu Santo. Él es el Espíritu de Cristo y su tarea es transformarnos en Cristo. El Espíritu Divino nos da la fuerza para ser mártires de la vida diaria, para estar en cada momento renovando el milagro de la consagración.

Anunciamos tu muerte. Es decidimos a unirnos -a través de una vida sacrificada- al sacrificio de Cristo y prolongarlo así. Es hacer vida aquella aclamación que, después de la consagración de la misa, todos juntos decimos: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, esperamos tu venida gloriosa”.

¿Qué significa eso? No es sólo el recuerdo y la participación interior en su muerte. Es también comprometernos a anunciar su muerte en nuestra vida diaria. Es esforzarnos diariamente por morir al pecado y al egoísmo. Lo podemos expresar en forma simbólica: En la misa subo con Cristo a la cruz y me dejo clavar en ella. Pero entonces debo quedarme clavado, durante el día y la semana, hasta la próxima misa. Debo demostrar durante el día que he entregado mi voluntad a la voluntad del Padre, a través de los pequeños sacrificios y renunciaciones diarias que Dios y los demás me piden. Si no estoy dispuesto a ello, bajo de la cruz, le dejo a Cristo solo con su cruz, renuncio a anunciar la muerte del Señor. Todos nosotros sabemos que la cruz es necesaria para asemejarnos a Cristo. Por eso aceptamos con fe los dolores que el Señor nos envía.

Como en la consagración el pan y vino se convierten en cuerpo y sangre, así también nos vamos transformándonos en Cristo. Y en la medida en que nos asemejamos, vemos con otros ojos el sufrimiento, las preocupaciones y dificultades. En lo más profundo, esto deja de hacernos desdichados. El corazón está en Dios, aunque los ojos estén llenos de lágrimas. ¡Cómo anhelamos esta transformación! Con el tiempo será una realidad: Ya no viviremos nosotros, sino Cristo vivirá en nosotros.

El amor a la cruz de Cristo ciertamente significa primero aceptar las horas de consagración y de dolor cuando Dios las manda. Pero no sólo eso, me pide también llevar una vida de esfuerzo que prolongue y encarne en mí la consagración de la misa en base a mi propia iniciativa. Mi lucha diaria se alimenta de la consagración de la misa. Toma su fuerza de ese gesto de amor de Cristo.